

**CONSIDERACIONES EN TORNO AL PROCESO
CREATIVO EN MI POESIA**

Por Antonio González-Guerrero

No existe daño mayor para el poeta que sumirse en su propia complacencia.

Admitido esto, resulta muy difícil convertirse uno mismo en crítico o valedor sereno de su obra. En efecto, ni la vanidad llega a tanto, como para hacérsola aparecer como indiscutiblemente buena, ni la modestia es suficientemente sincera como para que veamos la realidad tal cual es y no como nosotros desearíamos que fuere.

Por todo, y a modo de una declaración de intenciones, diré que todo poema, para merecer esta denominación, debe aunar, a mi entender, tres elementos: el "concepto" o la idea, la "musicalidad" o ritmo métrico, y la "expresión poética" o la imagen. Así las cosas, considero que mi primer cometido a la hora de la génesis del poema, atañe esencialmente a la "conciencia artística" del lenguaje. La poesía se motiva en mí como una constante recreación de la realidad lingüística; y este ensueño, esta alucinación por el concepto desemboca irremediabilmente en el remanso tenaz de la palabra, que busca su caudal en la belleza.

Y es que "Poesía" y "Belleza" constituyen, a mi entender, una idéntica expresión semántica. La Poesía es aquello capaz de conmovernos, de emocionarnos, de producir en nosotros un goce, un deleite, una sensación.

En síntesis, partiendo de la etimología de la palabra "poesía" (*poiesis*) que según Platón, significa "creación", "entusiasmo", y del término árabe "Sa-ir" (Poeta), cuya traducción española vendría a ser "el que comprende lo que siente y lo expresa poéticamente", es decir, "el que siente pensando" o "el que piensa sintiendo", entiendo por tal, por "poesía", una forma nueva de expresar el arrebatado del espíritu, una idea rigurosa que nos revela algo íntimo, algo que nos llega en el ropaje sensual de la belleza y recrea y conturba y apasiona en la eterna virtud de su prosapia.

"Cuantos beben su vino alcanzan los confines de los dioses, la fuerza del guerrero y el fragor de los sables en la túnica azul de la retama.

Quienes cuidan sus trenzas, caídas de azafrán sobre el espejo, saben de los membrillos de su talle, más dulce que la barina de la nieve; como la miel de loto, apetecible.

Acudí a su azarbe con la fiebre del gato en el brasero y un insomnio de peces en mi aljibe.

Y vi a la luna comiendo de sus manos y crecer en su frente la clepsidra.

*Con la luz encendida de la boca, acaricié al crepúsculo su pelo,
y me apuré en su cáliz hasta anegarme todo, hasta perder el miedo y con él mi corazón también perdido.*

(Que el vino del amor es duende astuto y bebe la razón de quien lo toma).

*Después dictó la noche su sentencia en las densas pestañas del cerezo,
y se quedó una sombra clavándome en el alma
su despecho de sol y su abandono".*

(Qasida XIII de "El regreso de los búhos", 3.^a parte de "Poemas del corazón ausente", 1991).

Lejanos quedan ya los antiguos filósofos con su carga de belleza imitativa y su divina locura. Pasaron los latinos y sus intérpretes de los dioses, y pasó el siglo XV con su “fermosa cobertura” ... Desde el Renacimiento y hasta finales del siglo XVIII, la poesía tuvo un fin didáctico, humanístico, y los severos códigos poéticos destruían, a veces, el entusiasmo, la emoción del poema, circunscrito, por lo demás, a un juego azaroso de asonancias.

En el XIX, “poesía eres tú”. Y en el XX, “desnudez de alma”, con Unamuno; “palabra en el tiempo”, con don Antonio; “Dios deseante y deseado”, con Juan Ramón. “Aventura hacia lo absoluto”, con Salinas. “Fuego y duende”, con Lorca. “Fervor y claridad”, con Dámaso Alonso. “Comunicación”, con Aleixandre ...

Desde hace tiempo, pues, —creemos que por fortuna—, el poeta ha perdido ese carácter, digamos “sagrado”, y “oracular”, que otrora lo nimbara de su gloria, y se convierte hoy en portavoz del pueblo; con una misión primordial: darle la voz a los que no la tienen. Ya no cabe suponer que lo inspiran los dioses, sino el pueblo al que habla y del que habla. *“Las culturas primitivas —apunta Arturo del Villar— piensan que el lenguaje fue donado mágicamente por los dioses para que los humanos describiesen sus hazañas y los ensalzasen. Nosotros sabemos que el lenguaje surgió como una necesidad de comunicar asuntos cotidianos”.*

El poeta ha dejado de ser un semidiós, una efigie encerrada en su trono de cristal. Es el poeta un hombre que vive (en) unas circunstancias, (en) un momento preciso de la historia, y debe ser testigo de excepción de ese momento.

“Aquéllas fueron noches de barro y espadaña, de rameras en celo y llantos de abubilla.

La guerra dejó un rastro de olvido y transhumancia, y algunos no llegaron a compartir la cena.

Aquéllas fueron noches de miedo y de ceniza, de mozas sin refajo y pechos como brasas.

Aquéllas fueron noches de amor comprometido, de yugos en la alcoba y tierras pan adentro.

*Y en una noche así, pasadas quince lunas, en los bosques secretos de una virgen de tiza,
me concibieron hombre los ojos de mi padre.*

Y soy aún más triste que un niño de la guerra”.

(Qasida VIII de “El ánfora y las hoces”, 1.ª parte de “Poemas del corazón ausente”).

No se deduzca de ellos que el poeta debe servir cualesquiera intereses o atender, en nombre de un compromiso bastardo, contra su propia idiosincracia. Porque la “autenticidad” de un poeta radica en su íntima honestidad, en la capacidad de comprometerse consigo mismo, y nunca en su obediencia a actitudes o directrices, ciertamente dudosas, que lo anulan, o, en todo caso, lo condicionan a un credo o posicionamiento que nada tiene que ver con la poesía.

Un poeta condicionado es un ser corrupto y limoso, dispuesto siempre a permutar su sindéresis por una sinecura. Son poetas que quieren hurtarle al pueblo la poesía —que la poesía es pueblo, como ya hemos dicho—, para devolverla al pueblo mediatizada. Son los poetas “sociales” de la última hornada, apegados a las ubres del poder, sumisos. No tienen de “sociales” más que, allá en lo profundo de sí, en lo más íntimo, y aún en lo más necio, son personas, ¡que no es poco decir a estas alturas del siglo!

Y ahí están, pero en una línea muy distinta, los Lorca, Hernández, Cernuda, Celaya, Goytisolo, etc. que han sabido asumir con nobleza y decisión su compromiso. Todos ellos escriben para el pueblo, pero aceptando que el pueblo es, ha de ser cada vez más culto y que los poetas debemos contribuir a que así sea, sabedores de que la ignorancia mata la libertad y hay, por ende, que erradicar la ignorancia. Los otros, los que, fomentando esa ignorancia, se denominan “sociales” no son más que impostores, lobos vestidos con pieles de cordero.

“El poeta —escribe Marcel Hennart— es un ser de silencio en comunicación con otros silencios”. Y. J. V. Foix aseguraba: “Pongo la libertad como un grito en cada poema”. Sin duda porque la libertad tiene, a veces, el precio de la sangre y son carroña los hombres que la matan.

*“Yo sé
que andan buscando
las buellas de mi piel
entre tus dedos,
que traen sueltos los lobos
con hambre de dos días
y quieren sorprender
la edad de nuestros sueños
por carnaza.*

*Yo sé
que cuando vuelva de la arada,
justo a las siete
cuando el sol declina,
me estarán aguardando
sus cigüeñas
por ver cómo se alumbra
la niña de mis ojos
por el lomo alazán
de tu mañana abierta.*

*Buscarán en mis campos
cada amapola tuya,
apuntarán sus fusiles
contra el vuelo nocturno
por el alba andadura
de tu mano,
y querrán cercenarles
la caricia de luna
a nuestros hijos.*

*Yo sé
que romperán mis versos
e incendiarán la casa,
donde escribí con vela
todas las cartas de amor
que me enseñaron tus labios.*

*Sé que buscan
corderos en el mar
e hijos huérfanos.*

*pero tú,
espérame a las siete,
cuando descansa el sol
entre las ramas y es aurora
sobre el crepúsculo del trigo.*

*Tú,
espérame en la alcoba
con la cortina echada,
y cuida de los niños y mis versos.*

*Y si a las siete en punto
no he llegado,
despídeme de ti
y rézame una salve”.*

(“Nocturno”, del libro “Génesis del recuerdo”, 1985)

Para mí, y no quisiera repetirme, no existe más poesía que la que surge de la emoción artística, del fulgor de la palabra. Confundirla con la pureza abstracta de los pensamientos o sentimientos, o incluso con el idealismo del mundo, no es sino una ligereza que cometen muchos por ignorancia, otros por impotencia, tanto por parte del autor como por parte del lector que, a la postre, es otro creador receptor.

Ahora bien, en el poema cabe todo. Parafraseando a Pater: “*Se puede decir lo que se quiera siempre y cuando esté bien dicho*”. Y es que la poesía no reside en lo que se dice si no en cómo se dice. El “cómo” es lo que crea el arte, el duende, el “tempo”, la magia, el hechizo del poema.

En efecto, lo que a un buen degustador de poseía le entusiasma, no es la serenidad meditadora de Jorge Manrique –aunque también–, el neoplatonismo de Fray Luis de León, la encendida pasión de San Juan de la Cruz, la ternura de Lope, el pensamiento de Quevedo, el sentimiento de Bécquer, la lírica social de Angel González, el misticismo natural de Angel Crespo, el mesianismo de Vicente Cano, el

dandismo veneciano de Villena, el sensismo de Galanes, el erotismo redentor de Ana Rosetti o el helemismo epigonal de un poeta mesetario como Joaquín Brotóns, sino su expresión. Ya que, a fin de cuentas, todos ellos no comunican más que sentimientos comunes a todos los mortales.

Ello no quiere, empero, significar que el poeta tenga que prescindir de lo íntimo, de lo personal, de lo afectivo, que es, por encima de lo sensual y aún de lo conceptual, lo que en un número notable de situaciones conduce al poema. (El sentimiento, la sensibilidad del poeta, como valor del soldado es algo que se supone de oficio; aunque bien es verdad que muchos de nuestros poetas parecen tener la sensibilidad apelmazada). Y si el continente, la arquitectura son absolutamente necesarios, el contenido resulta imprescindible.

El poema deviene, de esta guisa, un equilibrio entre el fondo y la forma, entre la ética y la estética, entre el contenido y el continente. Y ahí radica su dificultad: en conseguir una perfecta armonía entre el "qué" y el "cómo", a que antes hacíamos referencia.

I

*La noche se me viste por las venas
con un ajuar doncel de escalofrío
y una lágrima brota, arrepentida
de tanto batallar con el silencio,
aquí en mi corazón, río de niebla.*

*Esta alforja de amor, cárcel bendita
donde anegan los peces su bravura,
esta cárcel por ti, por tantas horas
de amor que he recorrido por tu cuerpo,
de par en par, como granada abierta,
voy a abrirla esta noche con tu llave.*

*Donde acunan los sueños su mentira,
donde abrasan los ritos su cansancio,
aquí en mi corazón, amor, nevada
soledad me persigue en tu espesura.*

*Aquí la oscuridad se hizo nostalgia,
arrecife de luz, túnel de rostros
que quiebran el espejo, que se quedan
clavados como alfanjes en las sienas,
como muertos que viven su congoja
de vértigo y de sal, siempre muriendo.*

*Sobre una yedra herida de gorriones
y un almizcle de anís y de caballos,
la ternura es azul como la fiebre,
aquí en mi corazón, pubis de arena.*

*En el tálamo—piedra la ceniza
y el durazno me pudren de tus besos;
aquí la oscuridad brama su suerte
llagada en tu rincón de lejanías.*

*Desposeídamente enamorado,
llamo al amor como quien llama al vino.*

II

*Hoy te he visto bajar con el redaño
lleno de lumbre y malvasía, lleno
de arándanos maduros, aquí donde
la noche nos celebra (donde la
noche que profana el hambre juncal
de mi deseo), con el joven mosto
de mi sangre tañendo tus pezones,
lunas de miel donde madruga el mirlo
candéal de mis ojos; tu cintura
oliendo a retamar y mejorana,
a madreSelva oliendo tus cabellos.*

*Hoy te visto bajar por la escalera
redonda de mis muslos, recorrerme
la piel con el membrillo de tus dedos,
germinar en mis breñas, amelgarme
la tundra de dolor en donde anida
la serpiente voraz del desengaño:
(don del amor que con su yugo azota
y encadena de luz mis bontanaves).*

*Hoy te veo llegar hasta la sima
donde duerme mi voz, de madrugada,
desde la leve altura de tu vuelo,
zarco ajenuz en primavera cana
y está mi corazón de zarzamora
corrompido en falenas y atabales.*

*En su yegua amarilla viene junio
veloz como una lluvia; los trigales
de fósforo en tu pecho se cimbrean
al vaivén de mi furia y tu bonanza,
y es láudano tu lengua en mi crecido
gozo por desandarme y ser gavilla
que se toma y se da, pan solidario,
donde muerden su grito las palomas.*

*Y es sandía tu frente, son tus brazos
dos sauces de cristal sobre mi cuello.
Con un sabor amargo me despiertan
las boces de septiembre en tu vendimia,
y un recuerdo me escupe en la mirada
el cadáver mojado de tu ausencia.*

(Primera parte del tríptico "Descripción de la ausencia", del libro "Poemas del corazón ausente").

Por supuesto, no estamos hablando aquí de inspiración, en la que yo no creo demasiado. La "inspiración", cuando existe, es como un ápice de Dios que nos habita y alimenta durante cuatro segundos. (Digo que no creo en la inspiración como panacea hacedora del poema, aunque sí como el "chispazo" primigenio del mismo). La inspiración vendría a ser esto: la tensión que da origen al hecho creativo. El resto es silencio, trabajo, afán de perfección, "oficio", en definitiva. "*Si viene la Musa –acostumbra a repetir Camilo José Cela– que me sorprenda escribiendo*".

Pero hay en el hecho creativo algo de irracional, algo mágico que nosotros no vemos ni entendemos, y que es consubstancial a la propia naturaleza del arte.

Son esas circunstancias, difícilmente explicables, que hacen de un Beethoven sordo el autor de la Novena Sinfonía. Y ahí viven el hechizo, el duende, la magia, el embrujo que ensalman el poema y lo bendicen, convirtiéndolo, sino en algo sagrado, en algo donde la divinidad ha puesto su soplo y su ternura.

Sólo desde esta óptica puede entenderse que poetas que, como personas son ciertamente indeseables por su mediocridad y malevolencia, consigan escribir versos, algunos de ellos de muy alto registro poético y humano.

Esta puede ser una prueba contundente y nueva de la ubicuidad de Dios. Ese Dios que, pese a todo, no ha muerto y que yo busco, impenitente, en mi cercado.

*"Por los hondos caminos de Castilla,
Teresa, no cuajado aún el buerto*

*estival de mi amor que va en amores
tronchándose y le pesa como un siglo
esta furia carnal adolescente,
como arroyo que vuelve su murmullo
hacia adentro, te busco en los rincones
recónditos del alma porque quiero
gozar de tu presencia bienbechora,
hablar de tú a tú con la esperanza.*

*Por los lentos alcorces de la luna,
va mi sed a la fuente de tu vino.
Es de noche, Teresa, están los lobos
aullando en el otero de mi sangre,
y me braman los pulsos de arrebatado
y siento a Dios más lejos cada día.*

*Es de noche, Teresa, en los atajos
curvos del corazón donde apaciento
la fe de la cigarra, donde todo
se va quedando atrás como una sombra
que teje en mi dolor su desventura;
y el corazón se pudre en primaveras,
y Dios sigue binando su rastrojo.*

*Es de noche, Teresa, está la luna
con su ventana abierta, y tengo miedo,
mucho miedo al temblor de la caricia
miedo al amor y a la ternura miedo.*

*Abrásame, Teresa, esta sequía
con tu lumbre de jaras; con tu cántaro
desbórdame los cuévanos, que ansío
ver a Dios en tu alforfa y resarcirme
de su luz y su olvido en tu regazo*

*Por los hondos caminos de castilla
busco a Dios, andariega, en tus sandalias,
porque Dios es un hombre muy humano,
tú lo has visto, mujer, y tú lo sabes.*

(“Por los hondos caminos de Castilla”, 1988)

Es cierto que toda poética no es más que la justificación de lo que el poeta hace, en la medida en que el poema participa de las líneas teóricas que sobre el mismo se tienen. En este sentido considero que mi poesía no es “esencialmente” –y por “esencialmente” entiéndase que no es voluntad apriorística del poeta– ni comunicación ni conocimiento. Estos dos hechos se producen en un estadio posterior al que origina la creación de la poesía, creación que obedece a una intuición de la realidad que es anterior al conocimiento de esa misma realidad que se poetiza.

¿Cómo llamar a esa intuición?. Yo la llamo “*substrato vivencial*”; o simplemente “*vivencia*”, en palabra de Dilthey.

¿Cómo la plasmamos para que suponga un conocimiento, primero, y luego un elemento de comunicación?. Sin duda alguna, a través del lenguaje, que, en mi caso, quiere ser innovador, severo en su corrección, flexible en su estructura, armónico en su acento y generoso y rotundo en la metáfora. Con Pedro Antonio González Moreno, suscribo que “*buyo tanto del clasicismo recalcitrante, como del vanguardismo snob e iconoclasta*”. Siento, eso sí, un enorme cariño por el verso de arte mayor –por el endecasílabo, particularmente– y creo, a pies juntillas, que el poeta que sabe hacer un soneto y lo hace bien, es un poeta de raza.

Me interesa sobremanera el “concepto”, el campo léxico de la palabra y aun la polisemia. Y en la metáfora busco la estética expresiva, la culminación y la stirpe de ese “conceptismo”. Digamos, para abreviar, que mi regla de oro a la hora de escribir un poema consiste en acomodar el lenguaje al sentimiento y el sentimiento al lenguaje. “*Mi lenguaje es mi mundo*”, suscribo con el maestro.

*“Aquí mi corazón traje de nieve
la espiga floreciendo en su regazo
una llaga de luz por todo el brazo
del río de mis venas se commueve*

*la paz y la mentira no me llueve
su lumbre horizontal oscuro trazo
es el miedo en tus ojos y es el lazo
que nos une traición la mano breve*

*de la dicha cerró todas las puertas
y aquí mi corazón cuando despiertas
el ábrego te ofrece de su día*

*aquí mi corazón melancolía
tejiendo en su desdén tus rosas muertas
aquí mi corazón la tierra mía”*

(Poema “Frontispico”, del libro “Poemas del corazón ausente”)

Sea como fuere, tengo que anotar que el hecho creativo dimana, en lo que a mi poesía se refiere, de una terrible soledad, de una cruel desesperanza, incluso, de una congoja existencial en toda regla.

“*La verdad de la vida* –señala Vigny– *es la desesperanza. El hombre está condenado a una soledad perenne*”. De esta forma entronca Vigny con el pensamiento de Virgilio, quien, en la Eneida escribe: “*Una salus victis, nullam sperare salutem*” (una salvación para los vencidos, no esperar salvación alguna).

Entonces, si a verdad de la vida es la desesperanza, ¿por qué seguir sufriendo, por qué no poner fin a la existencia?. Sencillamente porque soy un poeta de inspiración cristiana, un hombre traspasado por una profunda religiosidad, místico en ocasiones, y creo, corazón adentro, que, por encima de todas estas contingencias tenebrosas hay una luz suprema de esperanza: Dios. También, porque participo de la filosofía camusiana, cuando, en el Mito de Sísifo, concluye aseverando que “*hay que imaginar a Sísifo feliz*”.

I

*Pondré sobre tu cuello los odres más propicios,
las falenas torcaces entre tus manos. Toda
la fragancia del vino sobre tus crenchas. Toda
mi soledad de fuego y el bronce de mis ojos
pondré sobre el alféizar florido de tus montes.*

*Nos velará la tarde con su espada de mimbre;
en su sábana blanca se granarán los trigos,
las uvas de tus pechos. Nos velará la tarde
y sabremos que Dios perdura con nosotros.*

II

*Aquí, mi amor, aquí junto a la piedra
redonda de la sed, la luna brava
segó mi corazón, río mermado,
una noche de abril en que los peces
gritaban su alborozo en la llanura
roja de mi ansiedad deshabitada,
y era el sabor carnal entre los prados
de la menta incendiada de tu boca
un retornar perpetuo al bebedizo
cerril de la pasión. Aquí en silencio,
amor, tus manos llenas me tañían
su cántico nupcial, la luna llena
de tus manos rondaba los caminos*

*en lumbres de mi piel. No presentían
los jinetes del alba tanto yugo
ni tan honda hambredad en la yeguada
cumplida de mis venas; y la luna
puso sobre mis hombros su ceniza
y una almohada de sal sobre tus párpados.*

*Aquí, mi amor, aquí junto a la piedra
lloran los abedules nuestra infancia.*

III

*Era ciega la luz en las aceras
agrias de la razón. En el azarbe
se adamaban los lirios, se tejían
por el rostro de abril las mejoranas.*

*Era el sol como un perro amaestrado
mordiéndome en los javales tu cintura.
Era el sol una daga en mi silencio
y el silencio un cuchillo; sí, un cuchillo
de azufre cenegal fue tu silencio.*

*Y me hundo en las dárseñas vacías
y es mi tristeza, amor, pan de alimañas.*

IV

*Apíadate de mí. Este es el año
de los tábanos grises y las aguas
enfermas,
año de mortandad, tiempo de darse,
de darle al corazón su medicina
y volver a vivir, volver como antes
a vivir nuestra sueño de palomas.*

*No me atormentes más. Tengo la herida
manando de tu adiós, envenenada,
y el vértigo me acecha como un dolmen
erguido en mi penumbra, sangre adentro.*

*Regrésame otra vez, te lo suplico,
a los campos de aljama, a los desvanes
donde ponías alma a las muñecas
cuando llegó la lluvia y abril todo
se vistió de alazán como un payaso;
o tal vez un cadáver que en dos horas
había de morir envuelto en sangre.*

*Regrésame otra vez a tu sonrisa
y quédense los muertos sepultados.*

V

*Pondré sobre tu mesa los panes y la alcuza;
sobre tu frente un beso y ante tu altar mi frente.
Y gritaré tu nombre por todos los confines,
y el cielo azul celeste verá que continuamos.*

(Tercera parte del tríptico "Descripción de la ausencia", del libro "Poemas del corazón ausente").

Y creo, sobre todo, en la redención por el amor; porque aunque el amor, un amor concreto no ocupare circunstancialmente mi casa, como poeta yo necesito estar perenne y eternamente enamorado. A la postre, lo he escrito alguna vez, "Es más fuerte en amor quien más perdona". Y asumo con Martín Gray que "Quienes mutilan el amor nunca dejarán de ignorarlo".

*"Mi amigo duerme esta noche en los claros lagartos de Correggio.
Como un leopardo berido, brama su desazón por los zaguanes
blasfemos de los cines.
Con la tristeza añil de las campanas y aún el canto podrido del
jilguero rasgándole pulsos,*

llora

*y en su zubia distingo
el olor funeral de la gamarza,
la sal de los jardines
y un cárabo de luz saqueando el azarbe cereal de su frente.
yo lo amo,*

como quien ama un bosque corrompido de estrellas,

*una aljaba de luna
o una piedra de jaspe bienbechora.
Yo lo amo,
y en la rota vasija de mi puerta*

*oigo mi corazón incendiando los atrios granados
de las niñas,*

*los blancos alminares
y los dioses lascivos de sus pechos.*

*Yo lo amo en los dragones grises de su hondura
y en las aves de arena
que anidan en el cierzo temprano de su sangre.
Y aun en la congoja
y en el fuego tronchando de su aldaba,
todas sus herejías
a mí que ni siquiera soy su hermano.*

*Mi amigo llora esta noche en el beno alazán de los
espejos,
y su cuerpo es balandro floreciendo de yedra los
desvanes;
ópalo y malaquita, de rescoldos, su cuerpo
desafía la muerte rastreando la niebla.
Y un sacrilego alfanje muerde su pubis ámbar
y hay hambre y luto en todos los cercados.*

*(El distrae su urgencia mosteando en racimos agraces de
ternura
y profana los templos de la vieja estación con sus muslos
de jade).*

*Mi amigo muere esta noche en los huertos azules de Murano
con los labios sedientos como vulva que espera la tormenta
de Dánae,
y ansía amancebarse con todos los soldados furtivos de la
aljama,
donde esconde el amor su ajuar y su sudario.*

Yo soy el innombrable, el más hermoso —dice.

*El vino de manzanas donde abriguen su ardor tus fieros
batidores.
Soy siempre el más hermoso, porque tú me moldeas en tu
forja
y me trasciendes virgen en todos los altares.*

*Mi amigo llora esta noche en los oros bruñidos de Correggio
con la mano encendida y una flor de albuca entre las
sienes,
y sus ojos transidos de arroyo y laúdes,
esta noche de biel, profanando mi almohada.*

*“Noli me tangere. Frena tu yegua –dije.
Yo sólo soy tu hermano ...”
Y se murió de frío.*

(“Canción de amor para una noche triste”, 1990).

Por lo demás, ahí está la infancia, la rebeldía, ese perpetuo retorno a los recuerdos, que son, a fin de cuentas, lo que queda de nosotros cuando el tiempo sepulta lo caduco.

*“Hoy de vuelta a los odres de la infancia,
a ese Bierzo frutal de mi suicidio,
veo el luto saciar los pedregales
y al charco de mis ojos sube el luto”.*

(del poema “El río”, del diván “Poemas del corazón ausente”)

Ahora bien, esta vuelta a la infancia no constituye por sí misma una fuga en el tiempo sino que es, sobre todo, una vía de conocimiento.

*“Iba muriendo el río. Yo cantaba
por entonces nueve años y era limpia
la luz de la tristeza en el tejado
y pura la metáfora en mi rostro.*

*Yo tenía nueve años y un amigo
–mi padre y confesor–, mi confidente
al cabo, y pocas cosas más sino
amargura y hambrienta soledumbre
y un crepúsculo roto”.*

(del poema “El río”. Fragmento)

“Averiguar si la infancia fue un paraíso o un infierno –advierde Juan García Hortelano– importa menos que el método de conocimiento que nos guía por los infernales caminos de la infancia”. “De todos los métodos de conocimiento –prosigue el ensayista–, como suele ocurrir en materia de conocimiento, la poesía

ofrece tanta certeza como el más certero y, encima, orienta hacia la zona de lo inefable". "Purificada la nostalgia, sofrenado el discurso, ordenada la evocación, higienizado el sentimiento, resucitada la música, sólo encontraremos el poema (el talento poético) –matiza– como forma plausible de recreación del tiempo ido. "En el estado actual de las ciencias –concluye García Hortelano–, forzoso es reconocerlo, ninguna como la poesía está tan avanzada, o es tan apta, para amaestrar a la bestia temporal".

En resumen, poesía como ciencia, como arte y aun como catarsis. Como "ciencia" del verso, como "arte" de la metáfora, como asunción del "yo", como liberación del alma.

I

*No valía la pena. No quería
berir esta ceguera con un rito
solemne de jilgueros.*

El día que dijiste:

*"Las cosas sólo tienen
el valor subjetivo que les damos",
después de muchos siglos de amargura,
aprendí a reírme de las cosas
y hacer de una tormenta un vaso de agua;
y supe que debía acostumbrarme
a comulgar con ruedas de molino,
a ser plato, que llaman, de segunda
mesa,
un amante furtivo en tu yacija.*

II

*No valía la pena ... Cuando un hombre
tira su corazón por la ventana
y lo arroja a los cuervos convencido
de que Dios no lo cuenta en su rebaño,
o rechaza el ciborio porque sabe
que su sed con el vino no se cura;
mejor es que se ponga sobre el cuello
un menhir y se arrastre a los abismos
del mar y que se muera credibundo
de que el cielo está allí entre los peces,
a que piense que un lirio, que un redaño
de luz puede cegar su desatino,*

*y que en el alba inquieta de unas manos
puede su soledumbre ballar limosna.*

*Cuando un hombre abrasado en el despecho
viste su corazón de Viernes Santo,
mejor es que renuncie al Cirineo
y que lleve su cruz como un valiente.*

III

*No valía la pena, estoy diciendo,
desgranar mi dolor sobre tus hombros,
ni hablar de la ternura que me asalta
cuando tú me trasciendes y es caricia
tu desdén en mi forja, y te persiguo,
como un perro leal, hambrientamente;
y es mi espera puñal y me desangra
tu toda sinrazón que va conmigo.*

IV

*No valía la pena. No iba a darle
crédito a tu evangelio de avestruces,
ni hacer de tu baldío una contienda
para morir sin ti en carne viva.*

*No valía la pena confesarle
mi congoja de liebre a tu desgana,
o incendiar los altares con el mosto
rasgado de mi cítara.*

*El día
que dijiste: "Las cosas sólo tienen
el valor subjetivo que les damos",
aprendí a vivir en la penumbra
y abrasar mi dolor en una esquina;
o a embeberme de sándalo y afeites
en los goznes sellados de tu puerta.*

V

No iba a darle importancia ... No quería

*hacer de este desierto una cuestión
sagrada,
ni ponerle taludes a los ríos
oscuros de mi sangre.*

No quería

*renunciar al fervor de tu presencia,
bálsamo y talismán, fruta prohibida;
y rompí la razón en mil pedazos,
y me juré celar mi desabrigo.*

VI

*Pero hoy mordió la luna los treznales
y los lobos aullaban en las simas;
y un lobo se adentró por mi garganta,
y tuve miedo, amor, y tuve frío.*

*Y me volví hacia ti, como se vuelve
el naufrago a la tabla redentora;
y te pedí perdón por mis temores.
Y lloro avergonzado mi soberbia.*

(Segunda parte del tríptico "Descripción de la ausencia", del libro "Poemas del corazón ausente").

Poesía como un trabajo más, como un oficio.

"No la toquéis ya más, que así es la rosa", decía Juan Ramón. Pero gracias a la exigencia creativa, a la elaboración constante, al descontento permanente y a la lucha incesante contra el tópico, a él debemos algunas de las más brillantes páginas que se hayan escrito en lengua cervantina.